



## CAPÍTULO SEXTO

### La tercera coalición.

LA unión de las escuadras francesas en las Antillas no había podido tener efecto por diferentes causas. El almirante Missiesey, que había partido el once de Enero de mil ochocientos cinco de la isla de Aix, tocaba en la Martinica el veinte de Febrero, y marchando en seguida á Santo Domingo, quitó á los ingleses el fuerte de Rousseau é hizo después diferentes correrías por aquellos mares, esperando á Villeneuve; mas como éste no llegara, volvióse á Europa. Villeneuve, mientras tanto, había podido escapar á la persecución de Nelson y dirigirse á América; pero cuando fondeaba en la Martinica, Missiesey entraba de regreso en aguas de Francia. Napoleón excitaba diariamente á Gauteaume á salir de Brest é ir á unirse con Villeneuve. «Partid, partid, le escribía; tenéis en vuestras manos los destinos del mundo». Reinaba, sin embargo, una calma desesperante en la atmósfera; no había medio de alejar á lord Cornwallis, que bloqueaba á Brest con tesón infatigable, y Gauteaume recibía las reiteradas órdenes del impaciente Emperador sin poderlas cumplir. Transcurrió el mes de Abril sin que soplara viento favorable, y fué preciso enviar nuevas instrucciones á Villeneuve, diciéndole que no aguardase á su compatriota sino hasta el veintiuno de Junio, y en esta fecha, si Gauteaume no se había presentado, debía tornar á Europa con rumbo al Ferrol, en donde se le incorporaría otra escuadra franco-española compuesta de quince navíos, destinada á reforzarlo, habiendo de obrar luego conforme á las órdenes que se le comunicaban. Nelson sabía desde el diez y seis de Abril la dirección tomada por

Villeneuve; mas, retenido por vientos contrarios, no pudo hasta el siete de Junio encontrarse delante de Gibraltar, donde tuvo cabal conocimiento del destino de la escuadra francesa y se lanzó en su persecución, con once navíos solamente. La noticia de que el héroe de Abukir había arribado á la Barbada alarmó á Villeneuve, moviéndole á abreviar su estancia en América; así es que, mientras su terrible adversario, extraviado por falsos informes, volaba á buscarle á la Trinidad y luego á Antioya, él, satisfecho de haberse apoderado del fuerte del Diamante y haber causado algunas pérdidas al comercio inglés, se dió á la vela en dirección á Europa, huyendo de librar batalla á un enemigo cuyas fuerzas se exageraba. Corrió Nelson en su seguimiento; mas ignorando el plan de Bonaparte, en vez de hacer rumbo al Ferrol, tomó el de Cádiz y Gibraltar, suponiendo que Villeneuve trataría de ganar el Mediterráneo; no obstante, adoptó la precaución de participar al Almirantazgo inglés su vuelta y la de Villeneuve. El brick *Curioso*, encargado de llevar el aviso, encontró en el camino á las naves francesas y se hizo cargo de la derrota que seguían, de modo que el Almirantazgo, enterado perfectamente de la situación y movimientos de las dos escuadras, mandó quince navíos al mando de Calder, para que aguardara á Villeneuve á la altura del cabo de Finisterre. El veintidós de Julio, Villeneuve tropezó con Calder en estos mares, librándose una acción bastante empeñada, no obstante la espesa bruma que había, y aunque una y otra parte experimentaron pérdidas de importancia, en definitiva la ventaja quedó á favor de los franceses y españoles. Calder se retiró, no atreviéndose á reanudar el combate ni á oponerse á los movimientos de Villeneuve, que pudo entrar en la rada de Vigo y después en los puertos del Ferrol y la Coruña. El Almirante francés era hombre poco decidido y tenía, además, plena conciencia de la inferioridad de su marina, tanto que, aun después del lisonjero resultado obtenido en el cabo de Finisterre, escribía á Decrés. «Tenemos malos mástiles, malas velas, mal material de guerra, malos oficiales, malos marinos». De otra parte, le desalentaba el fracaso que había sufrido el proyecto de concentración de las escuadras en las Antillas, y, por último, temía la unión de Nelson, Cornwallis y Calder. De ahí su perplejidad, su incertidumbre, su falta de resolución. Se detuvo en el Ferrol y la Coruña hasta el trece de Agosto para reparar averías, y el diez y siete se hizo á la vela sin saber qué rumbo tomar. Para colmo de males, los vientos le eran contrarios; sus naves maniobraban mal, y varias de ellas se abordaron al salir del Ferrol. En esta situación, un buque mercante dió el falso aviso de que se acercaba una flota británica con veinticinco navíos, y entonces Villeneuve no vaciló más: viró de bordo y puso la proa de sus naves hacia Cádiz, volviendo la espalda á Brest, á donde tenía orden de ir, para unirse con Gauteaume y marchar juntos al canal de la Mancha. Napoleón, mientras tanto, espía ansiosamente el horizonte, en la playa de Boulogne, esperando ver llegar triunfante á su escuadra. Desde hacía tiempo estaban concluidos los preparativos para intentar el paso del Canal, así en dicho puerto como en

los inmediatos. El Emperador no se enteró del combate del cabo de Finisterre hasta el siete de Agosto, y el veintidós, creyendo aún que Villeneuve había seguido avanzando camino de Brest, le escribía á este punto, diciéndole: «Supongo que habréis llegado á ese puerto; partid, no perdáis momento, y con las escuadras reunidas, presentaos en el Canal. *Inglaterra es nuestra*». Ya debían durar poco tales ilusiones, Decrée, que siempre juzgara mal del resultado de la expedición, se determinó á hablarle con entera franqueza, aunque atenuando y suavizando en lo posible sus conceptos y palabras. A su entender, la empresa ideada por Bonaparte era superior á los recursos marítimos de Francia, habiendo necesidad de desistir de esas operaciones gigantescas, de ejecución casi imposible aun contando con marinos consumados, y hacer á la Gran Bretaña no la guerra en las grandes proporciones que se quería, sino una guerra en pequeño, de detalle. Como esta era también la opinión de Gauteaume y la de Villeneuve, no había duda; Napoleón tuvo que resignarse á ver cómo abortaban planes tan pomposamente anunciados. Nunca mejor que entonces pudo recordarse la fábula del *mons parturiens*.

Para escapar al ridículo que amenazaba caer sobre él, adoptó una resolución pronta, atrevida. Conocedor de las intenciones de los coaligados, se dispuso á tomarles la delantera, sacando partido de la ventaja que le daba el tener disponible el excelente y numerosísimo ejército destinado á atacar á Inglaterra. Calculó que, obrando con su rapidez acostumbrada, podía estar en Viena antes que los rusos llegasen á Moravia. Se ha supuesto que el nuevo plan de Bonaparte fué hijo de la inspiración del momento. No es exacto; sus cartas á Talleyrand y á Cambaceres prueban que muchas veces le había preocupado la idea de hacer dar un cuarto de conversión á su ejército lanzándolo desde el Océano contra Alemania. Por otra parte, era hábito suyo «plantearse siempre el problema de dos maneras», como decía, á fin de que los acontecimientos no le cogiesen nunca desprevenido. Hasta se realza más su genio militar opinando que tenía de antemano pensada la salida para el caso en que la expedición á Inglaterra se frustrase, y que, en su virtud, no bien se hubo convencido de la imposibilidad de atravesar el Estrecho, se aperció á arrojar sobre Alemania. En seguida comenzaron á moverse los principales cuerpos del soberbio ejército, que dos años de continuos y duros ejercicios habían fortalecido y adiestrado hasta lo sumo, y los lugartenientes de Napoleón en Alemania ó Italia recibieron órdenes en armonía con las operaciones que iban á emprenderse. A Bernadotte, que capitaneaba el ejército de Hannover, se le mandó llevar sus fuerzas hacia Gættinga, y avisóse á Marmont que estuviese dispuesto á trasladarse desde Texel á Maguncia; Eugenio debía prepararse á avanzar hasta el Adige, y Saint-Cyr á caer sobre Nápoles, habiendo de realizarse todo ello con el mayor secreto, á fin de no poner en guardia al enemigo. Al mismo tiempo, Duroc se partió á Berlín, con el encargo de apresurar el término de las negociaciones seguidas por Laforest, representante de Francia, y Hardem-

berg, jefe del gabinete prusiano, que parecían ir por muy buen camino, y tenían por objeto la celebración de un tratado de alianza entre los dos países, ofreciéndose á Federico Guillermo el Hanóver á cambio de ejecutar una demostración conminatoria contra el Austria. Duroc se presentó á Federico Guillermo el primero de Septiembre; pero el monarca prusiano, que había entrado en la negociación principalmente para evitar que estallase la temida conflagración europea, persuadido ahora de que la guerra era inminente, acogió con frialdad y reserva al enviado francés, al cual expuso luego el barón de Hardemberg que la adquisición del Electorado no haría abandonar á Prusia su neutralidad. Mucho disgustó á Napoleón esta actitud de Federico Guillermo, con quien ya se figuraba contar, y no escatimó sus halagos y esfuerzos para retenerlo. Todo fué inútil; el rey de Prusia opuso á las instancias de Duroc los compromisos anteriores que le ligaban con Rusia, los cuales dijo respetaría hasta que el emperador Alejandro le diese motivo legítimo de romperlos. Por su parte los coaligados no demostraban menos interés en obtener la adhesión de Prusia, aunque algunos afirman, con grandes visos de fundamento, que habrían preferido verla aliarse con Francia, para tratarla como enemiga. Tal era, á lo que parece, el plan de Czartoryski. Fuese, por tanto, como medio de conquistarse su apoyo intimidándola, ó para invadirla tan pronto hubiese el menor pretexto, el caso es que los rusos acumularon fuerzas considerables cerca de la frontera de Prusia. Federico Guillermo, sin embargo, se hallaba decidido á conservarse neutral, y Hardemberg comunicó á Alopeus, el embajador de Rusia en Berlín, que su rey no se dejaría imponer por nadie, y que quien tratara de violentar su resolución podía estar seguro de que abrazaría la causa de su adversario. Tal fué la respuesta dada á la arrogante mortificación de los generales rusos anunciando su inmediata marcha á Prusia, y como pocos días después preguntara el representante moscovita al ministro prusiano, cuál era la razón de haberse ordenado á las guarniciones de Postdam y Berlín que se encontrasen listas para partir y que contra quién iba dirigida tal medida: «Contra nadie y contra todos», exclamó el interpelado.—«¿Qué queréis decir con eso?» repuso el embajador.—«Contra nadie, agregó Hardemberg, si se nos deja tranquilos, y contra todos aquellos que nos obliguen á hacer lo que no queremos». Escribió Alejandro á Federico Guillermo participándole su acuerdo de que las tropas rusas pasaran por el territorio prusiano, solicitando su concurso y pidiéndole una entrevista, cuya única finalidad consistía en comprometerlo más. El monarca prusiano contestó al Czar con moderación y firmeza al mismo tiempo: se negó á unirse á los aliados; declaró que no les consentiría atravesar la Silesia, ni la Prusia meridional, ni el Macklemburgo, y añadió que no temía al poder ruso ni consideraba al Emperador, su amigo, vecino y aliado, capaz de obrar deslealmente. La energía del rey no se disipó esta vez en estériles palabras, sino que bien pronto se tradujo en actos. Ordenó una leva de ochenta mil hombres; puso sobre las armas las reservas, y organizó